

GIRO A LA GLORIA

LUISA MARÍA GÓMEZ SUÁREZ



A hí estaba el número 27, saliendo de la fábrica de balones, envuelto en un plástico con los colores de la bandera argentina. Lo transportaban junto a otros veintinueve candidatos a ser el balón de la gran final del Mundial 2022.

Iban a su última prueba, la prueba de efecto. Se escogerían los cuatro balones que esperan en manos de los recogeboles, y el balón principal, el que sale del túnel a manos del árbitro y que se llevaría un jugador en caso de marcar tres goles.

En el camión, lograba observar a través del plástico al resto de balones, todos blancos, con el número de fabricación marcado en color rojo, pero con el sueño de ser pintados con el logo y fecha de la final. 8 parecía el más tranquilo, había superado siempre de primero las pruebas anteriores y no paraba de alardear acerca de cómo los jugadores de Holanda lo habían recomendado el día anterior como el favorito. Le seguían 27 y 16. Las palabras de 8 aumentaban el nerviosismo de los balones, pero 16, la mejor amiga de 27 y la más tranquila entre todos los candidatos, decidió entonar las canciones de cancha comunes en las hinchadas argentinas para tranquilizar el ambiente. 27 solo le sonrió y poco a poco el resto de los balones se le unieron. Menos 8, furioso porque ya no podía alabarse a sí mismo. 16 sabía que el objetivo de 8 era despertar ansiedad y miedo en los candidatos, y así hacer que se pincharan antes de la prueba.

De repente, el camión se detuvo, haciendo caer unos cuantos balones al piso. Solo se escuchaba la risa burlona de 8. Se abrió la puerta del camión y ahí estaba, imponente, en sus colores azul y amarillo, iluminado por el atardecer y decorado con los colores del barrio caminito, el Alberto J. Armando. "La Bombonera", dijo 27, con voz de asombro, rozando a 16. Enseguida, el sonido de cinco balones que se desinflaron al ver tal escenario. Nuevamente la risa burlona de 8: eran cinco participantes menos. 16 buscó consolarlos, pues, luego de ser

reparados, terminarían en un estante esperando a ser comprados, con suerte por un buen fanático, para rodar sobre canchas de barrio donde el césped se mezcla con tierra que raspa y siempre con el miedo de terminar bajo las ruedas de un auto, como se rumoraba en la fábrica. Algo era seguro: no sentirían el verde césped de la bombonera o de ningún otro estadio, y mucho menos escucharían el grito, sí, el grito de miles de fanáticos cuando luego de un impulso se llega a la red.

Luego de unos minutos de recorrer los pintorescos pasillos del mítico estadio, fueron dejados sobre una mesa con unos pequeños agujeros que evitaban que se rodaran. Los cinco balones pinchados, aun con lágrimas, fueron tirados dentro de una malla y puestos en el oscuro cajón inferior de la misma mesa, ubicada entre una puerta semiabierta de lo que parecía ser un camerino y el inicio de un túnel angosto que terminaba en unas empinadas escaleras, en cuyas paredes estaban los rostros de los jugadores de la selección argentina.

—¿Serán los de esos rostros los que saldrán por esa puerta?
—pregunta 27 a 16, quien, al otro lado de la mesa, concentrada y en silencio, solo miraba los estampados en la pared.

—Obvio, pelotudo —respondió 8.

Se abrió la puerta del camerino y, para sorpresa de los candidatos, los estampados de la pared se hacían realidad. Uno a uno fueron escogiendo los balones, que con asombro veían cómo Messi a la cabeza del grupo tomaba a 8 entre sus manos y empezaba a recorrer el túnel. Subieron las escaleras y un sonido de un gran interruptor indicaba que las luces se estaban encendiendo. La bombonera quedó totalmente iluminada con

una mezcla de los últimos rayos de sol y las blancas luminarias, que al inicio resultaban fastidiosas a los ojos. Finalmente, estaban sobre el verde césped. Sin espectadores, solo unos cuantos periodistas y familiares de los jugadores, nada comparado con los 57.000 que podría haber al siguiente día. El calentamiento terminó, era momento de la prueba.

Los ubicaron diagonal a la portería, a unos veinte metros de distancia; desde ahí serían impulsados y tendrían que coordinar sus giros en el aire para así ingresar por el ángulo más lejano de la portería. El candidato con mejor efecto sería el ganador. Luego de diecinueve tiros, los favoritos seguían siendo 8, 16 y 27. Era el último tiro. Esta vez 16 tenía la ventaja, al estar en los pies de Messi. Segundos antes de salir por los aires, 16 buscó la mirada de 27, topándose primero con los ojos llenos de ira de 8. Lo extraño era que no miraba la portería, tenía sus ojos puestos en un pequeño alambre que sobresalía de la reja que separaba la tribuna de la cancha, pequeño, pero lo suficientemente afilado como para pinchar a alguien. 8 alternaba su mirada entre el alambre y 27. 16, conociendo las intenciones de 8, tenía que tomar una decisión, volar y girar lo suficientemente bien para entrar por el ángulo y ganar la competencia, o aprovechar la potencia que le daría el impulso de Messi y así evitar que 8 desviara a 27.

Escucharon el silbato y los jugadores tomaron impulso, los balones apretaron sus puños, listos para volar. Sonó el seco golpe de los botines dando contra los balones, levantando trozos de césped por la fuerza. Tres segundos después, en el aire, 16 tomó su decisión, giró y giró, con toda su fuerza

hasta golpear a 8. Cuatro balones ingresaron a la red, entre esos 27. Cuando tocó el suelo y abrió sus ojos esperando un comentario de 16, no la vio por ningún lado, miró a 8 con sospechas, quien nada más dirigió su mirada a la reja. Todos los balones, incluido 27, se rodaron quedando de frente a la malla metálica, observaron a 16. La fuerza del impacto con 8 había hecho que volara por encima de la malla, llegando hasta la tribuna donde terminó de rebotar detrás de un muro; nadie la podía ver, ni los mismos jugadores.

Seleccionaron los ganadores y los llevaron a ser pintados para el día siguiente. Cuatro balones como secundarios, entre esos 8, por ser el balón escogido por Holanda, a pesar de no haber ingresado en el último tiro gracias a 16. 27 fue elegido como el balón principal, también gracias a 16. 27 sería el único con la fecha marcada en su pecho.

Pintados, limpios, brillantes, ya sin un número para identificarlos, los cinco balones fueron puestos sobre una vitrina en otro sector del estadio, el cual no podían identificar plenamente, ya todo estaba apagado y solo quedaba la luz tenue de las estrechas calles que rodeaban el estadio y que de alguna manera se abrían paso en su interior. Estaba todo en silencio, a excepción de los lloriqueos de quienes perdieron la prueba y se unieron a los balones en la malla. Al menos no estaban dentro de un cajón. 27 miraba su pecho y veía la fecha, sin emoción alguna: ya no era la fecha de la final, esa marca le recordaría por el resto de su vida el día en que perdió a su mejor amiga.

—Calma, amigos —dijo una voz que nadie reconocía.

—Estoy arriba de ustedes —dijo la voz nuevamente.

—Creo que la pintura contiene alucinógenos —dice 12, quien también hacía parte de los ganadores.

—Jajaja, pero qué boludos, miren un poco arriba a su derecha, al lado de la estatua —dijo la voz que pertenecía a otro balón.

Estaba en una vitrina, por lo que 27 entendió que ese sitio era el museo del estadio y aquel balón debía llevar unos buenos años ahí. Se le notaba la edad y estaba algo descolorido. 27 creía ver rastros de tierra, pero no mostró mucho interés en buscar conversación con el viejo, quien empezó a hablarle a los balones de la malla.

—Me pinché, al igual que ustedes, en la prueba del mundial de México 70 y terminé siendo regalado a un joven humilde de apellido Maradona —dijo el anciano.

Al escuchar este apellido, 27 levantó su mirada y observó con detenimiento la vitrina donde posaba el anciano, el reflejo de la luz exterior dejaba ver un borroso número.

—¡10! —exclama 27, llamando la atención de todos, incluido el anciano, quien suelta una pequeña sonrisa.

Era 10, el compañero de aventuras de Diego Armando Maradona, quien siempre usó ese mismo número en la espalda en honor a su primer balón. No estaba descolorido, era su color original ya que nunca fue pintado o marcado con una fecha. Sin embargo, estaba ahí, en el Museo de la Boca, al lado de la estatua de su único dueño, observado y fotografiado cada ocho días por fanáticos nacionales e internacionales. Esto sacó un suspiro en 27 porque solo hace tres minutos pensaba que

no volvería a ver a 16. Pero aún había esperanza. ¿Cómo estará 16? ¿Estará con alguien?, eran las preguntas que rondaban en la cabeza de 27 antes de quedarse dormido.

¡Aguantate, Argentina!, fue el grito que a las seis de la mañana despertó a los balones.

—Pasa todos los días de partido —dijo 10.

—Ahí te presento mi alarma, es Toño, el dueño del asadero más popular del barrio de la Boca y el hincha que no se ha perdido ningún partido en este estadio desde hace cincuenta años —dijo 10 mirando a 27 intentando animarlo. Los balones le contaron lo de 16.

Transcurrió el día, los gritos de los hinchas se hacían más fuertes, faltaba una hora y empezaron los cánticos holandeses y argentinos, acompañados por trompetas, bombos y redoblantes, cuyo eco recorría todas las esquinas. El salto de los hinchas hacía que las graderías se mecieran de un lado a otro, de arriba a abajo. Nada de esto emocionó a 27, ni siquiera la salida por el túnel, los papeles picados, luces de bengalas, humo de colores, pólvora. Todo el partido fue un bucle para 27, casi ni rodó, todo fue de 8.

Terminó el partido y el primer tiempo extra: 2 a 2, y quedaban quince minutos más. 12, quien a manos de un recogebolas no podía despegar su mirada de Messi, se fijó cómo este saludaba a unos pequeños niños en los palcos del estadio. Observó en ellos una mancha roja, lo cual era muy raro, se suponía que todas las camisetas iban a ser de color naranja o azul celeste.

—¿Pero quién es tan pelotudo como para traer una camiseta de otro...?

Antes de terminar la pregunta en su cabeza, 12 reconoció la mancha. No era de una camisa, era un número y tan claro como el agua. Vio como esa mancha lo saludaba. Era 16.

12 se las ingenió para darle el mensaje a 27. Solo se vio cuando la mirada alegre de 27 regresó al ver a 16 y mucho más al reconocer quién la tenía en sus manos. Era Thiago, hijo de Messi. Seguramente recogió a 16 luego de ese impacto con 8. Su padre Messi ya había anotado dos goles ese día y estaba a sólo uno de llevarse el balón a casa.

—¿Entonces en esa final que Messi metió el gol al último minuto, terminó llevándose a 27? —pregunta el pequeño 2.

—Sí, 27 salió ese día en las manos de Messi.

—¿Entonces se reunió con 16? —pregunta nuevamente 2.

—Sí, es lo más probable.

—¿Y tú cómo sabes todo esto si eso pasó hace nueve años? —cuestiona nuevamente 2.

—Porque yo estuve ahí, muchacho. Ahora alístate que ya vienen los jugadores de Boca a entrenar y hay que estar listos para cuando nos lleven por el túnel —dice 8.